

Karen Armstrong

NATURALEZA SAGRADA

Cómo podemos recuperar nuestro vínculo  
con el mundo natural

Traducción castellana de  
Tomás Fernández Aúz

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2022

*Naturaleza sagrada*  
*Cómo podemos recuperar nuestro vínculo con el mundo natural*  
Karen Armstrong

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Sacred Nature. How We Can Recover Our Bond with the Natural World*

© Karen Armstrong, 2022

© de la traducción, Tomás Fernández Aúz, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-447-3  
Depósito legal: B. 10.695-2022  
2022. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.



1

MYTHOS Y LOGOS

Gran parte de nuestros debates medioambientales son de carácter científico: oímos constantemente hablar de emisiones, de partículas, de niveles de contaminación y de agujeros en la capa de ozono. Esto nos proporciona una información esencial y ha terminado convirtiéndose en una terminología familiar. Pero no nos motiva emocionalmente. Hoy tendemos a utilizar bastante a la ligera la palabra «mito» de forma bastante vaga para significar que algo no es cierto. Cuando escuchamos relatos de dioses descendidos a la tierra, de un hombre que se levanta de su tumba, o de unas aguas que se dividen milagrosamente en dos para permitir la liberación de una población esclavizada, pensamos que no hay que darles crédito porque se trata de «simples mitos». Sin embargo, en el pasado, la voz «mito» designaba algo muy diferente.

Buena parte de la historia de la humanidad ha estado presidida por dos formas de pensar, hablar y adquirir conocimiento del mundo: el *mythos* y el *logos*.<sup>1</sup> Ambas formas de comprensión eran esenciales para entender la realidad: no solo no se oponían mutuamente sino que eran dos maneras complementarias de alcanzar la verdad, y cada una de ellas tenía su particular esfera de competencia. El mito se ocupaba de todo cuanto se juzgaba intemporal y constante en nuestras vidas, retrotraía la mirada y nos permitía tanto contemplar los orígenes mismos de la vida y la cultura como explorar los más profundos planos de la experiencia humana. Se ocupaba del significado

de las cosas, no de los asuntos prácticos. Los seres humanos somos criaturas en perpetua búsqueda de sentido. Si nuestras vidas carecen de él, caemos con mucha facilidad en la desesperación, y en la antigüedad el *mythos* era el que permitía que la gente entrara en contacto con realidades más hondas, proporcionándoles un contexto que no solo daba sentido a su decaída y precaria existencia sino que dirigía su atención hacia aquello que es eterno y universal. Hasta donde nos es dado saber, los gatos no se atormentan con cavilaciones sobre la condición felina ni se angustian por las penalidades que sufren los gatos de otras partes del mundo o se esfuerzan en ver la vida desde una perspectiva diferente. Sin embargo, desde los albores de nuestra historia, los seres humanos hemos venido sintiendo el irresistible impulso de concebir narraciones susceptibles de situar nuestra vida en un marco distinto y de persuadirnos de que tiene un sentido y un valor palpables —pese a todas las pruebas que se empeñan en mostrarnos deprimentemente lo contrario.

Un mito es un acontecimiento ocurrido, en cierto modo, en otro tiempo y que sin embargo sucede también una y otra vez. La mitología apunta, más allá del caótico flujo de los acontecimientos históricos, a todo cuanto hay de intemporal en la vida humana, ayudándonos a vislumbrar el estable núcleo de realidad que palpita en su interior. Por otra parte, el mito arraiga asimismo en lo que llamamos inconsciente. Los mitos son una antigua forma de psicología. Lo que hacen los pueblos al divulgar relatos de héroes que descienden al inframundo, pugnan por hallar salida a un laberinto, o traban combate con fieros monstruos, es sacar a la luz los miedos y deseos que anidan en las oscuras regiones del subconsciente, que, no resultando accesible a la pura investigación lógica, tiene no obstante un profundo efecto en nuestras experiencias y conductas. El mito no admite demostraciones fundadas en pruebas racionales. Las percepciones que transmite son de naturaleza intuitiva, similares a las de las artes plásticas y la poesía. Es más, el mito solo adquiere realidad tangible al encarnar por medio de rituales y ceremonias que ofrecen a quienes participan en ellos la posibilidad de aprehender intuitivamente el mar de fondo que mueve la vida. Mito y rito han sido tan insepa-

rables que la determinación de su respectiva precedencia suscita serios debates eruditos: ¿qué fue primero, el relato mítico o la ritualidad asociada con él? Sin la práctica espiritual, la narración mítica carecería de sentido, tal y como ocurre con una partitura musical, que permanece opaca a la mayoría de los ojos mientras no se revele a través de la interpretación instrumental.

Mucho más frecuente es hoy nuestro diálogo con el *logos*, que es muy distinto al pensamiento mítico.<sup>2</sup> A diferencia del mito, el *logos* responde a los hechos objetivos, y también es absolutamente pragmático: es la modalidad de pensamiento racional que permite que los seres humanos operen adecuadamente. Es el fundamento de la sociedad moderna. Nos valemos de nuestras facultades lógicas cuando deseamos provocar una consecuencia, conseguir algo o convencer a otros de una determinada opinión. Allí donde el mito vuelve la vista atrás y contempla los orígenes, el *logos* avanza con determinación, desarrolla nuevas perspectivas e inventa algo inédito. Y para bien o para mal, también nos ayuda a controlar más y mejor el entorno natural.

Sin embargo, al igual que el mito, el *logos* tiene sus limitaciones. Es incapaz de responder a los interrogantes que plantea el valor último de la vida humana. No puede aliviar nuestros pesares. Tiene en su mano desvelar circunstancias nuevas y maravillosas sobre el universo físico y hacer que las cosas funcionen con mayor eficiencia, pero no explicar el sentido de la existencia. El *Homo sapiens* comprendió esto de manera instintiva desde sus primeros pasos. Utilizó el *logos* para idear armas innovadoras y concebir mejores técnicas de caza, y recurrió al mito, junto con los rituales que lo acompañan, para restañar el dolor y la pena que de otro modo le habrían abrumado.

Antes de la época moderna, tanto el mito como el *logos* eran considerados esenciales, pero en el siglo XVIII las gentes de Europa y Norteamérica habían alcanzado tan pasmosos éxitos en el ámbito de la ciencia y la tecnología que empezaron a desentenderse del mito, juzgándolo falso y primitivo. La sociedad dejó de depender de los excedentes de la producción agrícola —como les había venido ocurriendo a todas las civilizaciones anteriores— y pasó a vincular su

destino a los recursos tecnológicos y a una incesante reinversión de capital. Esto liberó a las sociedades modernas de muchas de las limitaciones asociadas con la cultura tradicional, cuyo fundamento rural había tenido siempre precarios cimientos. El proceso de la modernización fue largo, ya que tardó cerca de tres siglos en completarse, y trajo consigo cambios muy profundos: la industrialización, la revolución agraria, la reforma social, y una «ilustración» intelectual que despachó el mito como algo fútil y superado. Pese a que nuestra desmitologizada sociedad pueda resultar cómoda para cuantos tenemos la fortuna de vivir en países del primer mundo, parece claro que no se ha convertido en ese paraíso terrenal que auguraban Francis Bacon y otros filósofos ilustrados.

Debemos abrir los ojos y desembarazarnos de la falacia que sostiene que el mito es incierto o representa una modalidad de pensamiento inferior. Quizá seamos incapaces de recuperar por entero la sensibilidad premoderna, pero podemos adquirir una comprensión más sutil y matizada de los mitos de nuestros antepasados, porque todavía tienen cosas que enseñarnos. Y desde luego, seguimos creando nuevos mitos a nuestra imagen, aunque ya no les demos ese nombre. El siglo xx asistió al surgimiento de varios mitos cuyo carácter extremadamente destructivo acabó dando lugar a masacres y genocidios. No podemos luchar contra estos mitos negativos con las solas armas de la razón, porque no hay dosis de logos en estado puro que sea capaz de hacer frente a temores, deseos y neurosis profundamente enraizados. Necesitamos mitos positivos que nos ayuden a identificarnos con nuestros semejantes y no solo con quienes pertenezcan a nuestra particular tribu étnica, nacional o ideológica. Precisamos de mitos buenos que nos hagan comprender la importancia de la compasión —una facultad del ánimo que cuestiona y trasciende nuestro primitivo egocentrismo solipsista—. Y lo verdaderamente decisivo: hemos de pensar buenos mitos que nos ayuden a fomentar un sentimiento de veneración hacia la tierra como realidad sagrada, puesto que, de no concretar alguna forma de revolución espiritual capaz de contrarrestar las tendencias destructivas de nuestro ingenio tecnológico, no lograremos salvar el planeta.

Los grandes mitos del pasado presentaban el mundo natural como una entidad saturada de sacralidad. Sin embargo —repito—, ningún mito tiene auténtico sentido si no se traduce en acciones prácticas. Los mitos no han sido nunca meras consejas morales: debían adquirir relieve material, y por eso se acompañaban invariablemente de rituales. Al igual que el mito, también el rito se malentiende con frecuencia en nuestro pragmático mundo. En el período renacentista y preindustrial lo rechazaban hasta las personas devotas, convencidas de que se trataba de una superstición anticuada. Sin embargo, las ceremonias rituales constituyeron un elemento indispensable de la religión premoderna, y de hecho, nunca fueron asuntos totalmente espirituales, ya que en ellas participaba el cuerpo, y a través de él, las emociones. Los neurofísicos nos dicen que, pese a no tener conciencia clara de ello, recibimos y transmitimos informaciones importantes por medio de nuestros sentidos y nuestros movimientos y gestos corporales.<sup>3</sup> Los ritos que echan mano de elementos emotivos de carácter musical, coreográfico y teatral pueden lograr el espectacular logro de insuflar vida en el presente a un acontecimiento mítico venido de un remoto pasado. Y si se conciben con la pericia necesaria, también tienen la facultad de ofrecer a quienes participan de él un choque estético capaz de «hacerles salir» de su habitual yo mundano durante un breve lapso de tiempo. Si representamos un papel ritual con habilidad y concentración, podemos dejar atrás las ligaduras yoicas y vivir, paradójicamente, la experiencia de un crecimiento personal. Sabemos que las artes nos permiten acceder a una forma más intensa del ser y hacen que nos sintamos parte de algo más vasto, trascendente y completo que nosotros mismos.<sup>4</sup> Para descubrir la relevancia y significación que tiene el mito es indispensable aportarle la energía de la acción.

Muchos de los mitos que me dispongo a examinar en este libro enseñaron a nuestros antepasados a venerar el entorno natural. A diferencia de nuestro moderno discurso medioambiental, la imaginación antigua tendía a presentar y vivir la naturaleza en términos más estéticos que científicos, y en esa experiencia intervenían más las emociones y el cuerpo. En el próximo capítulo veremos que las diferentes culturas del mundo entendían la naturaleza como una

realidad impregnada de sacralidad —y que materializaban esa comprensión de formas notablemente similares—. Es posible que esta perspectiva sea connatural a la estructura de la mente humana. Pero las ceremonias religiosas no eran simples ejercicios estéticos, ya que requerían un compromiso y una respuesta prácticas. Veremos que aquellos rituales se efectuaban con entrega y esfuerzo, y que se trataba de actividades exigentes a las que había que dedicar mucho tiempo. Llevaban asimismo aparejado un sacrificio —en sentido absolutamente literal—. Además de dar expresión a un profundo sentimiento de ansiedad respecto a la sostenibilidad del mundo, también solicitaban mucho a sus participantes, ya que además de honrar la esencia divina presente en la naturaleza, se esperaba de ellos una transformación: que trascendieran el ego y tendieran un puente de unión con el conjunto de sus semejantes. Si hoy hemos alcanzado a comprender que la devoción al planeta precisa de una adhesión al conjunto de las cosas y los seres que lo pueblan, debemos admitir que esa cosmovisión se remonta a los orígenes mismos de la humanidad.

#### EL CAMINO A SEGUIR

Nuestra primera tarea consiste en apreciar el valor del mito y entender su funcionamiento. Para ello deberemos reexaminar muchos de nuestros presupuestos. Tenemos que dejar de concebir el mito como un relato seductor para buscar su significación profunda y descubrir qué nos exige hacer, tanto en el plano intelectual como en el práctico. En el siguiente capítulo estudiaremos los conceptos de la naturaleza que se nos han vuelto extraños y no concuerdan con nuestro moderno logos. Ahora bien, más que desacreditarlos como narraciones meramente ficticias o erróneas, intentaremos descubrir el tipo de verdad que se proponían transmitir. ¿Qué fue lo que determinó que esas ideas concretas arraigaran con tal fuerza en la mente y el corazón de tanta gente en todo el mundo? Pese a que esos mitos apenas guarden relación con las teorías científicas, quizá sean expre-



sión de una verdad de validez perenne —y, de ser así, tendrían que hallar un hueco en el pensamiento contemporáneo.

La comprensión mítica no responde a un método de indagación inferior que pueda desecharse en cuanto las personas alcanzan el uso de razón. El mito no es una primitiva forma de adentrarse a tientas en el análisis histórico, y no pretende esgrimir verdades objetivas. Lo que hace es más bien ayudarnos a entrever nuevas posibilidades. Por medio del arte, liberados de las limitaciones del logos, concebimos y combinamos formas de expresión inéditas que enriquecen nuestras vidas y nos indican algo importante, haciendo que nos asomemos al desconcertante rompecabezas de nuestro mundo desde una perspectiva novedosa. Por consiguiente, la verdad del mito reside en su eficacia. Los mitos que vamos a explorar llevan siglos operando. Y la razón de que hayan persistido radica en el hecho de que siempre han *funcionado* cuando la gente los ha traducido en *acciones*. Un mito es esencialmente una guía, pues nos indica lo que hemos de hacer para llevar una vida más plena y positiva. Los antiguos mitos sobre la naturaleza constituían un intento de penetrar en la realidad oculta del mundo natural para vivir con eficacia y seguridad en nuestro entorno.

En todos los capítulos que siguen se exploran ideas, actitudes o prácticas que un día fueron parte esencial de la percepción humana de la naturaleza. Cada capítulo ofrece al lector una de las piezas del puzle capaz de ayudarnos a crear o a redescubrir en nuestro fuero interno una manera nueva de plantearnos nuestra relación con el mundo natural y de añadir hondura a nuestro compromiso con el medioambiente. No basta con hacer campañas de reciclado y organizar protestas políticas. Al final de cada capítulo haremos bien en preguntarnos cómo aplicar un particular ideal a nuestra vida cotidiana, haciéndolo además de un modo práctico, creativo y eficaz. Todos los mitos solicitan una acción, y seremos nosotros quienes tengamos que determinar qué elementos tenemos a nuestro alcance para llevarla a cabo. Y dado que las personas son distintas, cada mito puede significar cosas diferentes y plantear exigencias dispares. Tendremos que averiguar individualmente qué es lo que nos piden los mitos que vamos a conocer.